

840
C.

Pa 101

CS

v. 2

Literatura Francesa



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSIÑA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

HISTORIA DE LA LITERATURA FRANCESA

CUARTA PARTE EL SIGLO XVIII

CAPÍTULO I

LOS PENSADORES

Papel de los Filósofos en el siglo xviii.

VOLTAIRE. — Su nacimiento, familia y juventud. — *Los ai-je vu*. — Arouet se convierte en Voltaire. — Prisión y destierro. — En Inglaterra. — Madama de Chatelet. — Voltaire en Prusia. — Disputa con Maupertuis. — El regreso. — En Suiza. — Ferney. — Los espectáculos. — Lucha por la tolerancia. — La sobrina de Corneille. — Voltaire intimo. — Sus enemigos. — Freron. — Voltaire y Dios. — Su carácter. — Espíritu cerrado á las bellas artes. — Los visitantes. — Buenos efectos de su vanidad. — Franklin en Paris. — Triunfo de *Irene*. — Su muerte. — Voltaire y Hugo. — Las obras: El teatro. — Poesía. — Historia y filosofía. — Novelas. — Misceláneas. — Correspondencia. — Conclusión acerca de Voltaire.

JUAN JACOBO ROUSSEAU. — Su vida. — Madama de Varens. — Les Charmettes. — Vida vagabunda. — Teresa Levasseur. — El Ermitage. — Motier. — Madama Roy de la Tour. — El traje armenio. — Ermenonville. — Su muerte. — Su tumba. — Las obras. — La naturaleza. — *El Contrato Social*. — *La Nueva Eloisa*. — *Emilio*. — *Las Confesiones*. — Su carácter é influencia.

FONTENELLE. — Sus dichos. — MONTESQUIEU. — DIDEROT y la *Enciclopedia*. — El Drama. — La Crítica de arte. — En Rusia. — D'ALEMBERT. — BUFFON. — LOS ECONOMISTAS. — TURGOT.

LOS MORALISTAS. — MALEBRANCHE. — EL ABATE DE SAINT-PIERRE. — ROLLIN. — D'AGUESSEAU. — VAUVENARGUES. — CONDILLAC. — LA METTRIE. — HELVECIO. — D'HOLBACH. — MORELLET. — LINGUET. — CHAMFORT. — RIVAROL. — CONDORCET. — VOLNEY. — JOSÉ DE MAISTRE.

Los Filósofos han dirigido la sociedad y han desempeñado el papel principal. Sembradores de ideas, apasionados por la esperanza y por el progreso, han zapado los cimientos carcomidos del viejo edificio social y han edificado la ciudad nueva. Conviene pues estudiar el siglo diez y ocho á la luz de su lámpara de trabajo.

SINCRONISMO. — 1700, Felipe V, rey de España. — 1701, Malborough. El Príncipe Eugenio. — 1702, Los Camisardos. — Adquisición de Orange. — 1704, Derrota de Hochstead. Los Ingleses se apoderan de Gibraltar. — 1705, Villars en Lorena. — 1706, Derrota de Ramillies. Muerte de Tournafort. — 1707, Muerte de Vauban. — Carlos XII. — 1709, Derrota de Malplaquet. *Turcaret*. — 1710, Victoria de Villaviciosa. Muerte de Dionisio Papin. — 1711, Muerte del Delfin. — 1712, Victoria de Vil-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 6625 MONTERREY, MEXICO

Oigamos primero lo que dijeron, antes de interrogar á otros hombres y otros géneros, que se inspiraron por completo en ellos.

Voltaire y Juan Jacobo Rousseau ejercieron la acción más decisiva é imprimieron á la sociedad impulso y orientación decididos. Correspondeles pues el primer puesto.

Voltaire (1694-1778), que vivió ochenta y cuatro años, decía: « He nacido muerto. »

¿Dónde nació? Los de Chatenay aseguran que en su pueblo, pero se equivocan. Nació en París, cerca del Palacio de Justicia.

Hay Chatenay y Chatenay. El más célebre es una aldea de Seine-et-Marne, cantón de Nemours, donde se celebró el famoso convenio de Chatenay entre Enrique III y los protestantes en 1536, tratado tan ventajoso para los calvinistas que logró irritar á los católicos y los obligó á formar la Liga.

El otro Chatenay es Chatenay-les-Bagneux, departamento del Sena, á dos kilómetros de Sceaux y á doce kilómetros de París, en medio de uno de los paisajes más románticos. Mary Aicard escribía en 1835:

Si deseáis ver una bonita aldea sombreada por hermosos castaños, que le han dado su nombre, salid de Berny y dirigíos á Chatenay-les-Bagneux. Edificado sobre una ladera que recibe los primeros rayos del sol, Chatenay ofrece á las miradas de los visitantes el lujo de sus casas de campo y de sus verdeguantes umbrías. Si la Ferté-Milón vió nacer á Racine, si Château-Thierry á La Fontaine, y si la humilde aldehuera de Crosne se envanece con ser la cuna del satírico Boileau, Chatenay puede enorgullecerse con una gloria no menor, pues nació en su seno Voltaire.

Ni Voltaire nació en Chatenay ni Boileau en Crosne.

¿Por qué había de nacer Voltaire en Chatenay? Porque así lo creía Condorcet, fundándose únicamente en que Voltaire tenía una hermana, la Sra. Marchand, que habitaba en Chatenay.

lars en Denain. Muerte del duque de Borgoña. — 1713, Fin de la guerra de Sucesión de España. Utrecht. — 1714, Tratado de Radstadt. — La *Monadología* de Leibnitz. — 1715, Muerte de Luis XIV. Luis XV. Regencia. Polisinodia. — 1716, Sistema de Law. Dubois. — 1717, Alberoni. Pedro el Grande en Francia. — 1718, Callamare. Muerte de Carlos XII. — 1719, *Robinson Crusoe* de Foë. — 1720, Peste de Marsella. — 1721, Los Hermanos París. Muerte de Watteau. — 1723, Fin de la Regencia. El Duque de Borbón (1726). — 1724, Nacimiento de Kant. Club del Batresuelo (1731). — 1725, Matrimonio de Luis XV con María Leczinska. Vico. Nacimiento de Goethe. — Descubrimiento de la hojalata. — 1726, Ministerio Fleury. *Viajes de Gulliver*. — 1726, Gottsched. Muerte de Newton. Muerte del Diácono París. Los Convulsionarios. — 1728, Pope. — 1731, Termómetro de Reaumur. Nacimiento de Lalande. — 1733, Guerra de Sucesión de Polonia. Rameau. — 1734, Plelo en Dantzig. Hume. — 1735, Chauvelin. — 1736, Clairaut en Laponia. — 1738, La Lorena cedida á Francia. — 1740, Guerra de sucesión de Austria (1748). Federico II. *Pamela* de Richardson. Casini. Clairaut. — 1741, María Teresa. Isabel de Rusia. — 1742, Praga. — 1743, Muerte de Fleury. Dettingen. Nacimiento de Haüy. — 1744, Enfermedad del rey. Argenson. — 1745, Madama de Pompadour. Machaut. Victoria de Fontenoy. — 1746, Mauricio de Sajonia. La Bourdonnais. Victoria de Raucoux. — 1747, Lawfeld.

Existe una fe de bautismo muy auténtica y muy conocida, de Voltaire, que la calificaba con la mayor dureza; ésta le impidió hacerse más viejo de lo que hubiera querido, pues estaba persuadido de que se persigue menos á un octogenario que á un septuagenario. En dicha fe de bautismo se afirma que: « El lunes 22 de noviembre de 1694, fué bautizado en la iglesia de Saint-André-des-Arts, Francisco María, nacido el día anterior. » La novela referida por Duvernet es una pura patraña: según él, Voltaire nació en Chatenay el 20 de febrero, recibió el bautismo de socorro; después fué bautizado solemnemente en noviembre por el cura de Saint-André-des-Arts, á quien hicieron creer que era un niño nacido el día antes.

En primer lugar fué el hermano de Voltaire quien recibió el agua de socorro. Por otra parte ¿qué cura no sería capaz de distinguir á un niño de un día de un niño de diez meses? Todo esto se viene al suelo en vista de la fecha del nacimiento, que dieron los hermanos Parfait en su artículo acerca de Voltaire.

Como sucede con frecuencia en materia de bibliografías, fué el mismo Voltaire quien escribió el indicado artículo y hoy poseemos la carta de los editores en la que le dan las gracias y le prometen imprimirla textualmente. Así lo hicieron poniendo la fecha de 21 de noviembre. En una de sus cartas de 1768, dice Voltaire textualmente, hablando de París.

Compadezco á la ciudad donde he nacido. Os doy gracias en calidad de parisiense.

¿Á quien hemos de creer si no se cree al interesado?

Agréguese que los Arouet seguían habitando, en 1700, la misma parroquia de Saint-André-des-Arts (Patio Viejo del Palacio de Justicia) frente á la Santa Capilla, y que allí murió la madre de Voltaire en 1701. Todo induce á creer que allí vivían cuando nació Francisco, porque no es posible imaginar que llevasen á aquel barrio á un recién nacido para bautizarle al día siguiente de nacer.

El Padre de Voltaire era notario en el Chatelet de París.

La madre, llamada Margarita Daumard, era hija de un escribano del Parlamento que vivía en la calle Gentizon, parroquia de Saint-Germain-l'Auxerrois (partida de casamiento de Francisco Arouet).

Sus padres se casaron en París; su abuelo es calificado de « burgués de París » y su madre era de la parroquia de Saint-Germain-le-Vieux, en París.

El mismo Voltaire se llama á sí mismo « burgués de París ». Á la muerte de su hermano, Armando Arouet, es designado en un documento oficial (1745) en esta forma: Francisco María Arouet de Voltaire, burgués de París, que vive en el barrio Saint-Honoré, parroquia de Santa Magdalena, hermano del difunto.

Es muy natural que Voltaire naciera en París.

Su ingenio era chispeante, vivo y ligero como la espuma, siempre dispuesto á la burla, despierto, agudo y burlón. El ingenio de Voltaire es la esencia de ese ingenio parisiense que se derrama y se prodiga á torrentes cada día en crónicas, caricaturas y sátiras. Voltaire no puede menos de haber nacido en la patria de su ingenio.

El padre, que era notario, se llamaba Arouet. Tenía cinco hijos, de los que sólo le quedaron tres, el mayor Armando, una hija, que más tarde fué la Sra. Mignot, y el hijo menor, Francisco María Arouet, más conocido con el pseudónimo de Voltaire.

Tenía éste por padrino al ingenioso abate de Chateaufort, que le presentó en la buena sociedad, le enseñó versos y se los hizo recitar en casa de su amiga Ninon de Lenclos. Á los diez años pusieron á Francisco en el colegio de Luis el Grande donde interesó á los jesuitas¹, sus maestros, por la vivacidad de su ingenio. Gustábanle la poesía y la historia y « pesaba en sus pequeñas balanzas los grandes intereses de Europa ». Hizo versos latinos, versos franceses, una tragedia y memoriales, « para que le devolviesen una tabaquera confiscada » ó bien para conseguir socorros en favor de un pobre. Puso todas sus obras futuras bajo el patronato de Santa Genoveva, que debió aceptarlas á beneficio de inventario.

El prefecto de estudios, Padre Letellier y sus profesores, los PP. Le Jay y Poré, le querían y le castigaban, pero al fin y al cabo estaban orgullosos de él por la manera como versificaba y por lo bien que representaba las comedias en el colegio.

— Muchacho de ingenio, pero un verdadero tunante, escribió el padre Le Jay en su boletín trimestral.

A. Pierron ha hecho revivir estos años de colegio en su libro acerca de Voltaire y sus maestros. Á decir verdad influyeron muy poco en el resto de su vida, y sus estudios no parecen haber sido muy profundos, á juzgar por el número de barbarismos griegos observados por Pierron en las obras de aquel grande hombre.

Aun se conserva, y lo mismo sucede con Corneille y Racine, uno de los libros que fueron dados como premio á Voltaire, primer premio de discurso latino en 1710. Dicho libro es la *Histoire des guerres civiles de France* de Davila; en una de sus páginas escribió su dueño más tarde:

De mes premiers succès, illustre témoignage,
Pour trois livres dix sous je te mis en otage².

1. Ignoramos en qué se fundó Montalvo (*Los Siete Tratados*, t. I, p. 17) para asegurar que Voltaire estudió en el Colegio de Jesuitas de Lancashire. Cuando Voltaire fué á Inglaterra tenía más de 30 años. (N. del T.)

2. Preclaro testimonio de mi triunfo primero
Empeñado te dejó por muy poco dinero.

En una venta realizada en 1834 y en la que aparecía tasado en 2000 francos fué adjudicado en 6.

Salió Voltaire del colegio á los diez y seis años. Quería su padre que estudiase derecho y le creyó perdido al verle meterse á coplero. Entonces le envió á Holanda, de donde tuvo que volver á su casa á causa de cierta intriga con una señorita Dunoyer. Su padrino, el abate de Chateaufort, introdujo á su ahijado en la sociedad del Temple, pequeño cenáculo compuesto de calaveras, escépticos y libertinos, que formaban la corte de los príncipes de Vendôme y que, en sus succulentas cenas, se burlaban del rey, de Dios, de las mujeres y de la virtud.

Como no se exigía más pasaporte que el ingenio, Voltaire fué admitido fácilmente y aquella fué su verdadera escuela.

Luis XIV se hallaba en los últimos años de su vida y su muerte fué considerada como un signo de libertad; el pueblo la celebró con cantos y bailes. Pululaban las coplas satíricas acerca del asunto.

La Regencia pareció abrir una época nueva de prosperidad y de esperanza. La gente respiraba y sonreía al salir de aquella atmósfera de piedad y austeridad que Madama de Maintenon esparcía en torno suyo.

Reinaban por todas partes la alegría y la reacción y resonaban en las calles cantos llenos de buen humor.

La tolerancia no tardó en convertirse en licencia. Multiplicáronse á porfía los libelos y sátiras, así como las aceradas coplas y los mordaces epigramas. Sus autores eran buscados pero no siempre hallados, aunque sin embargo se los castigaba. De este modo se vió Voltaire desterrado á provincias en 1716 por unos versos demasiado ingeniosos. A su regreso á París cometió la imprudencia de querer vengarse del Regente y lo hizo en la canción conocida con el nombre de: *Les ai-je vus*¹?

En realidad esta sátira era de Luis Lebrun, que no reclamó la paternidad y dejó á Voltaire cargar con la gloria y el castigo. El joven Arouet fué encerrado en la Bastilla. La Vrilliere escribió á D'Argenson el 16 de mayo de 1717 estas simples líneas: « El rey ha dispuesto que el Sr. Arouet hijo, sea detenido y conducido á la Bastilla » (Arch. de la Bastilla).

Así se hizo, y Voltaire, siempre lleno de ingenio, tomó su prisión como asunto de sus versos. Allí trabajó para distraer sus ocios y cuando fué puesto en libertad tenía ya preparada la tragedia de *Edipo*, en la que abundaban las más atrevidas máximas. Gustó mucho. El Regente le felicitó y le dió una pensión, y Voltaire le manifestó su agradecimiento

1. *Les ai-je vus* es una sátira sangrienta acerca de los abusos de la época, de la falta de respeto á la libertad, de las personas sometidas á la arbitrariedad, del malestar del ejército y del pueblo y de otros abusos. Nuestro Quevedo también dirigió terribles sátiras al poder de los favoritos. Modernamente el famoso *J'accuse* de Zola fué una repetición en prosa del *Les ai-je vus*, lo que prueba que en todas las épocas hay abusos. (N. del T.)

en la siguiente forma: «Doy vivamente gracias á Vuestra Alteza por dignarse atender á mi mantenimiento, pero le suplico que no se cuide de buscarme casa».

Murió su padre en enero de 1722, y á partir de este momento reemplazó nuestro poeta el nombre de Arouet por el de Voltaire. ¿De dónde sacó este seudónimo? ¿Figura en alguna novela antigua como nombre de algún personaje incrédulo? ¿Es acaso anagrama de *Arouet L. J.*? En este punto reina la misma vaguedad que en lo relativo á Molière.

Activo, atrevido, turbulento, amigo de prodigarse, satírico, apaleado, arrogante, humillado, insultado y dispuesto siempre á replicar, hizo hablar de sí, que es todo lo que necesitaba. Un Rohan Chabot le pregunta en cierta ocasión: «Señor de Arouet... señor de Voltaire... ¿cuál es vuestro verdadero nombre?— Yo empiezo ahora el mío y vos estáis acabando el vuestro!», replicó el joven poeta á quien esta ocurrencia le valió una paliza.

Á nadie le llamó la atención.

El presidente Boucher escribía: «Sois poeta y habéis sido apaleado, lo cual no tiene nada de particular».

El petulante plebeyo abofeteó al caballero: éste, en lugar de recoger el guante, hizo encerrar en la Bastilla á su adversario, que fué inmediatamente desterrado.

No puede darse nada más interesante que la serie de billetes de Maurepas al teniente general de policía por la disminución progresiva de benevolencia que se nota en ellos:

5 de febrero de 1726.

Su Alteza Serenísima me ordena os escriba que busque á la gente de que se ha servido el caballero de Rohán para hacer apalear á Voltaire y que la reduzca á prisión, cuidando de evitar en lo posible el escándalo.

23 de marzo de 1726.

Su Alteza Serenísima ha sabido que el caballero de Rohán sale hoy para París y como podría preparar algún otro ataque contra el Sr. de Voltaire ó éste podría hacer alguna calaverada, desea que los hagáis vigilar á fin de evitar todo incidente.

1. En la famosa comedia: *Lorenzo me llamo* de Matos Frago, dice el protagonista:

Este soy y éste nací,

Si es que la virtud se alaba,

Que como en otros acaba,

Su linaje empieza en mí. (N. del T.)

2. Conocido es el desdén con que los nobles trataban en Francia á los escritores. En España nunca ocurrió tal cosa y los poetas manejaban con igual destreza la espada que la pluma. En nuestro teatro abundan testimonios de esta clase. En *García del Castañar*, el altivo plebeyo dice al Rey:

... En tanto que mi cuello

Esté en mis hombros robusto,

¡No he de permitir me agravie!

Del rey abajo ninguno! (N. del T.)

Versalles, 28 de marzo de 1726.

Os envío una orden del rey para hacer encerrar en la Bastilla al Sr. Arouet de Voltaire; cuidaréis de ejecutar esta orden y de darne aviso de ello.

Así se hizo, y el gacetero de la policía consigné el 22 de abril:

En la noche del 17 al 18 los agentes Haynié y Tapin, detuvieron á Arouet de Voltaire, en la calle Maubuée, en la enseña de la Cabeza Gorda y le condujeron á la Bastilla (Arch. de la Bast.).

Desdichado desenlace que no estaba de acuerdo con el exordio. Voltaire se vengó por medio de alusiones, hoy día desconocidas, que insertó en su poema *La Liga ó la Henriada*.

Dirigióse, en 1726 á Inglaterra, donde le sorprendió mucho el respeto que se profesaba á los literatos, tan despreciados entonces entre nosotros, y las consideraciones que se guardaban á los autores ingleses entre los que era desconocido el apaleo. Sedújole también la incredulidad que allí reinaba, nacida del conflicto de todos los cismas y todas las variaciones de la Iglesia protestante. Lleváronle allá su afición á las ciencias y su admiración á Newton, al que vió tributar honras fúnebres desconocidas entre nosotros. Allí se formó, se moderó y se hizo más profundo su ingenio. Frecuentó el trato de Pope y estudió á Locke. Al cabo de tres años volvió maduro y transformado; los salones le abrieron con placer sus puertas y personificó el gusto del día, atrevido, sarcástico, libertino y revolucionario. Compuso su *Zaira* y tuvo la audacia de presentar á los infieles como tipos interesantes. Sus *Cartas sobre Inglaterra* fueron un reto al espiritualismo. Su *Carlos XII* es irrespetuoso con la monarquía. Cada una de sus obras es un mal paso del que sólo sale á fuerza de habilidad, de rectificaciones y hasta de lisonjas que justifica diciendo: «Cuando no se poseen ciento cincuenta mil hombres, hay que someterse al más fuerte.»

Conoció por entonces á una persona muy sabia, Madama du Châtelet, que sintió por él la más viva ternura. Tenía cuarenta años, habitaba un castillo en Cirey, en la frontera de Lorena, refugio cómodo para los días de peligro. Su esposo el Sr. de Châtelet no le estorbaba mucho, pues estaba siempre en el ejército. Voltaire ocupó su puesto. Presidió fiestas literarias, estudió las ciencias con su amiga, hizo experimentos de física y química, escribió *Memorias*, como la relativa á la naturaleza del fuego, descansó de estos trabajos escribiendo tragedias, comedias y novelas; fué de vez en cuando á París á forjar sueños políticos, aduló á Trajano, es decir á Luis XV, trató con familiaridad á la Pompadour, que no se lo perdonó, y obtuvo al fin la misión objeto de sus

sueños, cerca de Federico II de Prusia. En 1747 fué con Madama du Châtelet á visitar á la duquesa del Maine, en Anet, donde Madama de Stael de Launay, trazó de ambos este divertido croquis :

Madama del Châtelet y Voltaire, que habían anunciado su venida para hoy y á quienes se había perdido de vista, llegaron ayer á eso de media noche como dos espectros oliendo á cuerpos embalsamados como si saliesen del sepulcro; acabábamos de comer. Sin embargo, los tales espectros tenían hambre. Hubo que darles de cenar y lo que es más, camas, que no estaban preparadas. La portera, que ya estaba acostada, se levantó apresuradamente. Gaya, que había ofrecido su habitación para casos urgentes, tuvo que cederla en esta ocasión y la abandonó con tanta precipitación y mal humor como un ejército sorprendido en su campamento y que deja parte de sus bagajes en poder del enemigo. Voltaire quedó muy satisfecho, lo cual no consoló á Gaya. En cuanto á la dama, su cama no resultó muy bien hecha y ha habido que cambiarla de cuarto hoy. Hay que advertir que dicha cama la había hecho ella misma, por falta de gente, y había hallado una falta de nivel en los colchones, lo cual creo que ha mortificado más á su espíritu exacto que á su cuerpo poco delicado.

Al día siguiente añade :

Nuestros aparecidos no salen durante el día; anoche se nos presentaron á las diez. No creo que hoy los veamos más temprano; uno está describiendo hechos memorables y la otra comentando á Newton: no quieren ni jugar ni pasearse; en una sociedad con la que no tienen ninguna relación sus doctos escritos, son ceros á la izquierda.

Más adelante añade :

Madama del Châtelet cambió ayer por tercera vez de habitación; no podía soportar la que había escogido, pues había ruido y humo sin fuego (parece que ésta es su divisa).

Representaron la comedia del *Conde de Boursouffle*, de Voltaire, que rompía lanzas en pro de la verdad de los trajes.

Su hermano, el jansenista Armando, había muerto en febrero de 1745. Voltaire fué nombrado historiógrafo del rey y logró entrar en la Academia (1746), á costa de las mayores protestas de ortodoxia, que no le costaban nada; había solicitado el *satisfecit* de sus antiguos maestros los Padres jesuítas. Obtuvo además el título de gentilhombre del rey, pero su vanidad le perdió. Creyó demasiado pronto en la dignidad de los literatos en un país en que éstos eran despreciados. Trató con desen-

voltura al rey y á los grandes, lo cual le salió caro. El partido de la reina juró su pérdida y, como carecía de tacto y de medida, hizo más tonterías de las necesarias para que le desterrasen. Partió en busca de Estanislao Leczinski, rey destronado de Polonia, que tenía una corte brillante en Lunéville. Entretanto el poeta Saint-Lambert le desbancó en el favor de Madama del Châtelet que murió poco después en 1749. Voltaire la sintió y la cantó mientras duró su dolor, que no fué muy largo. En aquel tiempo eran muy estimados y buscados los franceses en el extranjero, especialmente en Prusia, donde el rey Federico II afectaba despreciar la lengua alemana. Educado con gran rigidez, había distraído su juventud aprendiendo á tocar la flauta y leyendo á Voltaire á quien escribió cartas en que le llamaba « Querido amigo » y le enviaba versos franceses á fin de que se los corrigiese. Confióle además la impresión de su libro: *El Antimaquiavelo*, cuyas doctrinas humanitarias se apresuró á condenar apenas subió al trono. Voltaire le trató muy bien, le cultivó, le lisonjeó y le aplicó los nombres más pomposos, pues nada le costaban los epítetos.

Encontráronse dos veces: primero en Cleves, y luego en Berlín (1743), adonde llegó Voltaire, con el encargo de renovar la alianza con Prusia, á fin de restaurar nuestras fuerzas que quedaron muy maltrechas al terminar la guerra de Sucesión de Austria. Era un embajador nada serio á quien el rey de Prusia respondía en versos chocarreros. Y como deseaba conservar á su lado á aquel hombre tan divertido, valiéndose de un procedimiento nada delicado, envió á la corte de Francia las bromas de su amigo á fin de cerrarle las puertas de su patria.

Voltaire no podía ya vivir en París. Tuvo que pensar en irse á otra parte, y como ya no tenía el recurso de Cirey, aceptó á Berlín, á pesar de sus vacilaciones. ¿Era el clima demasiado frío? Federico le aseguró que no. ¿Y el dinero? ¿Quién había de pagar los gastos del viaje? No tenía inconveniente en viajar por el rey de Prusia, pero sin poner los gastos de su bolsillo. El hábil Federico fingió haber hallado otro poeta que se hallaba dispuesto á ocupar la plaza de Voltaire. Inmediatamente desaparecieron las vacilaciones de éste y se puso en marcha, después de haberse lisonjeado en vano con la secreta esperanza de que Luis XV procuraría detenerle. El monarca le deseó buen viaje, agregando estas palabras: « ¿Qué importa que haya un loco más en la corte del rey de Prusia ó un loco menos en la mía? »

Los primeros meses de su permanencia en Postdam fueron un encanto mutuo para ambos amigos. Voltaire no cabía en sí de gozo:

Ciento cincuenta mil soldados victoriosos, nada de procuradores, ópera, comedia, filosofía, poesía, un héroe filósofo y poeta, la grandeza aliada con la gracia, granaderos y musas, trompetas y violines, banquetes de Platón, sociedad libre. ¿Quién pudiera creerlo?

Federico le colmaba de atenciones y procuraba retenerle á su lado concediéndole cintas y condecoraciones, colgando á su espalda la llave de chambelán y dándole veinte mil francos de renta. Además le admitió entre los íntimos de su corte, tales como d'Argens, La Mettrie, el materialista, el sabio Maupertuis, que midió el meridiano terrestre (y á quien el rey nombró presidente perpetuo de su academia), Polnitz, el renegado, el artista Algarotti y el excomulgado Darget, tipos extraños y más ó menos perseguidos, que formaban en torno del rey de Prusia un estado mayor de bufones literarios y de víctimas asalariadas. Federico se burla de ellos, se divierte á su costa, los insulta y les da de comer diciéndoles: «¡Andad con cuidado, pues los príncipes son unos canallas!»

En un principio sólo conoció Voltaire los encantos del «palacio de Alcino»; corregía las obras poéticas del rey, arreglaba las palabras truncadas y el resto del tiempo lo consagraba á sus trabajos. Por la noche tenían lugar las cenas á la luz de las bujías y animadas por los destellos del ingenio.

Pero Voltaire era hombre de espíritu práctico. Léase á este propósito: *Les finances de Voltaire* de Nicoláides. No desdeñaba las pequeñas ganancias¹. Avistóse con un judío, Abrahán Hirsch, á quien encargó que le comprase valores en baja.

Recibió en prenda unos diamantes, pero, cambiando de parecer, reclamó sus fondos: «No, le dijo el judío. Me habéis comprado mis diamantes, quedaos con ellos.»

Esto dió lugar á un proceso que causó gran escándalo en Berlín y disgustó mucho á Federico, el cual se lo hizo comprender á su huésped. Voltaire comprendió que su situación se hallaba comprometida. Parecíale que se caía de un campanario y decía: «¡Con tal que esto dure!»

La Mettrie le refirió un día que el rey había dicho hablando de él: «Aun tendré necesidad de Voltaire un año cuando más. Una vez estrujada la naranja, se arroja la cáscara.»

Esta naranja le pareció al poeta difícil de digerir, y se vengó por medio de epigramas; llamó al castillo un cuartel y al monarca un cabo furriel. Corregir las poesías del rey llegó á ser para él «lavar la ropa sucia de Su Majestad.» El rey, por su parte, se divertía burlándose de la habitación de Voltaire, pintada de amarillo, color de la envidia, con figuras de monos que se parecían á su amigo. El poeta tenía derecho para invitar á su mesa á seis personas. Si por casualidad invitaba á ocho, sólo le servían para seis. Entonces eran de oír las extrañas quejas del gran hombre: No había bastante chocolate, ni bastante azúcar,

1. Recuerdo haber leído en su voluminosa Correspondencia una carta al conde de Aranda, que le colmaba de lisonjas y regalos, y á quien ofrecía, por supuesto mediante pecunia, unos relojos para señora muy monos que él hacía fabricar en Ferney. (N. del T.)

ni bastantes velas. Por la noche subía varias veces á su cuarto y cada vez escondía la vela nueva que le presentaba un lacayo. Cuando la provisión era bastante importante, la vendía.

Voltaire tenía un rival que se regocijaba con todas estas desdichas.

Era éste Maupertuis, cuyo favor se había visto algo eclipsado con la llegada de aquel intruso.

Esperó poder recobrar su puesto y tan pronto como Voltaire dió el primer tropiezo, empezó la guerra.

Maupertuis había publicado una memoria acerca de la ley del menor esfuerzo en el trabajo de la naturaleza. Por aquel entonces otro sabio, llamado Koenig, publicó la misma teoría, atribuyéndosela á Leibnitz. Maupertuis le trató de falsario, y esto dió lugar á un gran escándalo que sirvió de distracción á la sociedad berlinesa. Todo eran risas y epigramas. En medio de aquel escándalo apareció cierto día un libelo impertinente, lleno de ingenio y terrible para Maupertuis. Llevaba por título: «Á un Académico de Berlín» y estaba firmado por un Académico de París. ¿Quién podía haber hecho aquel libelo? ¿Quién podía tener tanto ingenio? Únicamente Voltaire.

El rey se incomodó de veras, porque profesaba la mayor estima á su Academia de Berlín, y por consiguiente á su presidente perpetuo Maupertuis. Escribió á su vez un folleto anónimo (ocupación poco regia) en el que Voltaire salía muy mal parado, y nuestro poeta no tardó en averiguar el autor. El demonio de la malicia le inspiró la mala idea de continuar la guerra. Él la puso en práctica, porque le era indiferente abandonar á Postdam. La luna de miel se había convertido en luna roja.

Ahora bien, Maupertuis acababa de publicar una obra llena de ideas nuevas y extrañas y de proyectos maravillosos, á saber: Abrir un agujero para ir á ver lo que pasa en el centro de la tierra: fundar una ciudad latina en que sólo se hablase latín y á la que se enviarían los niños en vez de enviarlos al colegio; disecar vivos á los condenados á muerte para auxiliar á la ciencia, y otras gracias por el estilo.

Voltaire vió el cielo abierto y aprovechó la ocasión. Escribió una diatriba en la que finge atacar á un joven loco que había publicado estas extravagancias bajo el supuesto nombre de Maupertuis y, haciendo como que defendía á este último del reproche de dar á luz semejantes invenciones, dice:

Puede suceder que el candidato haya creído inventar algo después de Leibnitz; pero debo declarar á dicho joven que no es él quien ha inventado la pólvora. Aprovechamos esta ocasión para divertir al Sr. Inquisidor.

1. Un americano trata ahora de realizar el primer proyecto, y los esperantistas se burlan de poder fundar muy pronto un Estado, siquiera sea diminuto, cuya lengua oficial sea el esperanto. (N. del T.)

Este último dejará de reír cuando vea que todo el mundo puede convertirse en profeta, porque el autor descubre con la misma facilidad lo por venir que lo pasado. Confiesa que las razones en favor de la astrología judiciaria son tan sólidas como las que hay en contra de ella. Espera que con un poco más de calor y exaltación en la imaginación, se podrá lograr poner de manifiesto lo por venir, del mismo modo que la memoria pone de manifiesto lo pasado.

Todo el mundo está de acuerdo en creer que su cerebro se halla muy exaltado y que está á punto de profetizar. Ignoramos aún si pertenecerá al número de los profetas mayores ó menores; pero si su alma exaltada ha visto lo por venir, seguramente habrá descubierto algo ridículo.

Además debe estar seguro de que le será muy difícil, según pretende, abrir un agujero que llegue hasta el fondo de la tierra donde al parecer desea ocultarse avergonzado de haber descubierto tales cosas. Este agujero exigiría una excavación de trescientas ó cuatrocientas leguas por lo menos, lo cual podría destruir el sistema del equilibrio europeo. Nadie pensará en seguirle á su agujero, como tampoco al polo. Voltaire firmó :

DOCTOR AKAKÍAS.

Federico se irritó é hizo quemar los paquetes de folletos secuestrados. Voltaire, en presencia del auto de fe que producía una negra humareda, lanzó la flecha del parto, diciendo : « Es el espíritu de Maupertuis que se convierte en humo. »

Rodeado de espías, mortificado y perseguido, pensó Voltaire en marcharse, pero no quería huir ; quería salir con la cara descubierta y escribía melancólicamente á su sobrina la Sra. Denis :

Sólo pienso en marcharme honradamente, en atender á mi salud, en veros de nuevo y en olvidar este sueño de tres años.

Veo perfectamente que han estrujado la naranja y hay que pensar en salvar la cáscara. Para mi propia enseñanza, voy á componer un pequeño diccionario para uso de los reyes.

Mi amigo significa : Mi esclavo.

Mi querido amigo quiere decir : Me importa muy poco su persona.

Os haré feliz quiere decir : os toleraré mientras os necesite.

El punto de la dificultad estribaba en partir, es decir en obtener la licencia, porque el rey tenía mandado que nadie se fuese sin su permiso y no era cosa de desafiar su cólera.

Voltaire preparó su marcha. Envió á Federico las condecoraciones, la llave de chambelán y otros « chirimbolos » y trató de disimular la ruptura con cortesías exageradas que nada le costaban y que á la legua se conocía que eran falsas. Hubo una especie de arreglo, pero se veía muy bien que la confianza y la amistad habían desaparecido. Voltaire acabó por hallar un pretexto. Su salud exigía que pasase una temporada en Plombières. Federico consintió en dejarle partir.

El regreso del filósofo fué una verdadera odisea. Paul Meurice, en su drama *Struensee*, le ha puesto en escena en el primer acto, pero en realidad fué mucho más complicado.

Una vez pasada la frontera, Voltaire exhala el último resto de rencor que llevaba en el fondo de su corazón. Llegado á Leipzig, donde se celebraba la feria, publicó un tratado de paz entre los dos enemigos Koenig y Maupertuis. Este último salía muy lindamente puesto en berlina.

Si vamos á las tierras australes, prometemos á la Academia traerle cuatro gigantes de doce pies de alto y cuatro hombres velludos y provistos de largas colas; los haremos disecar vivos, sin pretender por eso conocer mejor que hoy la naturaleza del alma; pero siempre es bueno, para el progreso de las ciencias, tener hombres grandes que disecar.

Con respecto al agujero que deseamos abrir para llegar al núcleo central de la tierra, desistimos formalmente de la empresa; porque aunque la verdad se halle en el fondo de un pozo, ese pozo sería muy difícil de abrir. Los obreros de la torre de Babel han muerto; nadie quiere encargarse de nuestro agujero porque la boca sería demasiado grande y habría que excavar todo el territorio de Alemania. Por esta razón dejaremos la haz del mundo tal como está. Desconfiaremos de nosotros mismos, siempre que tratemos de ahondar y nos detendremos constantemente en la superficie de las cosas.

El presidente perpetuo se mostró bastante torpe en esta ocasión. ¿ De qué tenía que quejarse? Voltaire era arrojado, en tanto que él quedaba en su puesto cantando victoria. Creyó que aquello era demasiado y provocó á Voltaire en desafío. Esta fatal imprudencia le valió una nueva lluvia de epigramas.

La respuesta de Voltaire no se hizo esperar. Fué un cartel pegado en las calles de Leipzig.

Habiendo escrito cierto individuo á un habitante de Leipzig una carta en la que le amenaza con asesinarle y siendo los asesinatos visiblemente contrarios á los privilegios de la feria, se ruega á todos y á cada uno en particular que den noticia del dicho individuo cuando se presente á las puertas de Leipzig. Es un filósofo que anda en razón compuesta del aire distraído y del aire precipitado; tiene los ojos redondos y pequeños, lo mismo que la peluca, la nariz aplastada, y muy mala cara; como está muy lleno de sí mismo, lleva siempre consigo un escalpelo en el bolsillo para disecar á los gigantes que se encuentre. Los que den noticia de su llegada recibirán mil ducados de recompensa pagados de los fondos de la ciudad latina que el tal individuo hace edificar, ó del primer cometa de oro y diamantes que caiga á la tierra, conforme á las predicciones del citado filósofo y asesino.

Además recibió Maupertuis la siguiente carta abierta del doctor Akakia.